

# Revista

de

# Ciencias Económicas

PUBLICACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS  
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO  
DE GRADUADOS

---

La dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

#### DIRECTORES

Víctor M. Molina  
Por la Facultad

Juan Girelli  
Por el Centro de Estudiantes

Emilio Bernat  
Por el Colegio de Graduados

#### SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

#### REDACTORES

Enrique Loudet

Francisco M. Alvarez

José H. Porto

Amadeo P. Barousse

Por la Facultad

Por el Colegio de Graduados

Andrés D. J. Devoto

Alfredo Bonfanti

Por el Centro de Estudiantes

---

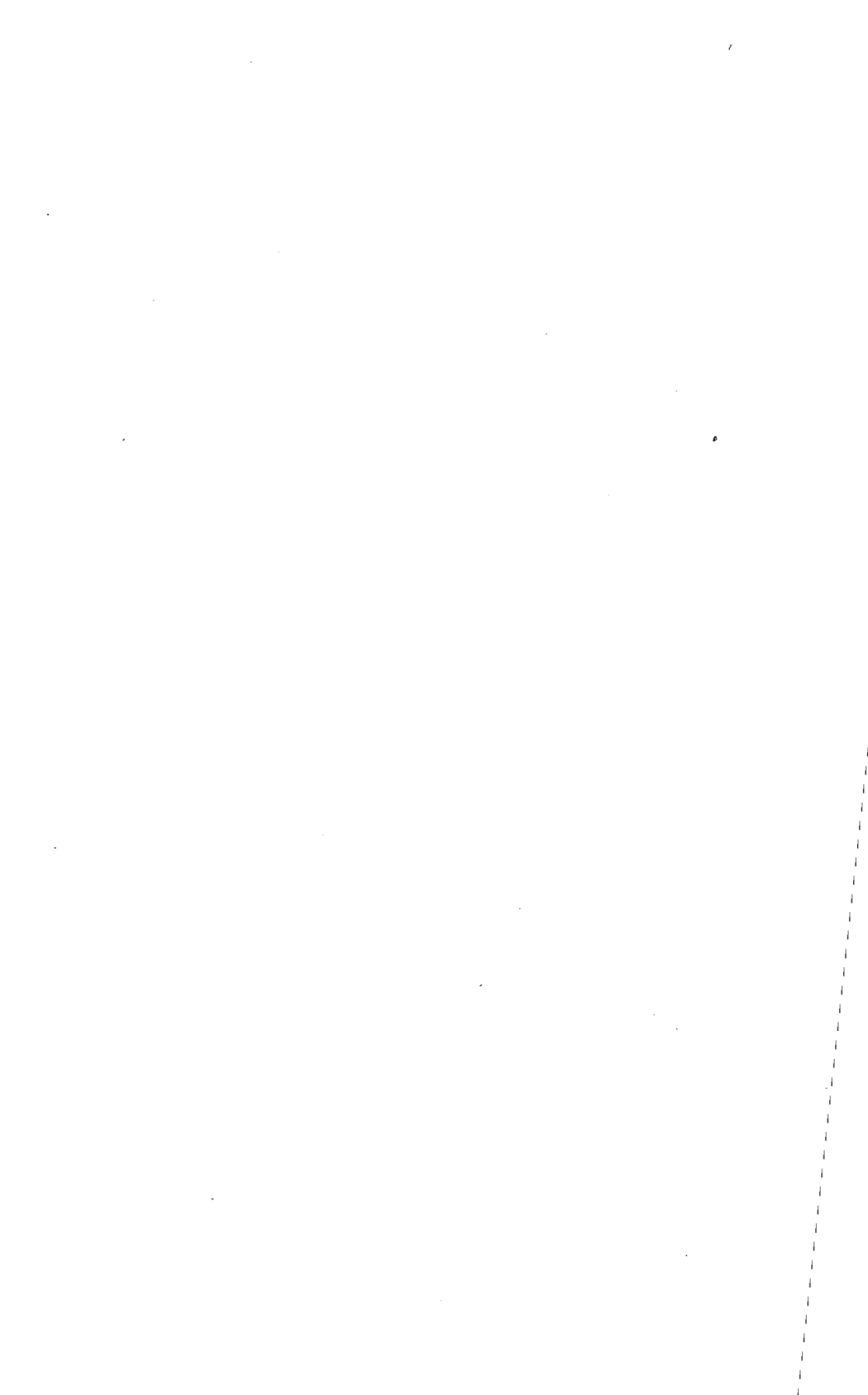
AÑO XX

DICIEMBRE DE 1933

SERIE II, N° 137

---

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
CALLE CHARCAS 1835  
BUENOS AIRES



de José González Galé

## El problema de la población<sup>(1)</sup>

### CAPITULO IV

#### *El Siglo XVIII*

##### I

Al terminar el siglo XVII se encaraba el problema de la población con un criterio francamente poblacionista. Existía —acabamos de verlo— una perfecta concordancia de opiniones al respecto. Pero esa uniformidad de pareceres no había de subsistir en la siguiente centuria, durante la cual todo lo humano y lo divino fué objeto de las más vivas y apasionadas controversias. El problema de la población —muy discutido aún hoy, en pleno siglo XX— no podía ser una excepción según veremos más adelante al ocuparnos de las polémicas que sostuvieron David Hume con Robert Wallace en Inglaterra y Voltaire con Montesquieu en Francia.

##### II

Pero antes conviene señalar el nacimiento —bajo una forma que luego había de abandonar por imperfecta —de *la estadística*, ciencia llamada a prestar inapreciables servicios en el estudio de cuantos problemas se vinculan a la población.

El creador de la *estadística* fué Godofredo Achenwald, profesor de la Universidad de Marburgo, que publicó en 1749 un “Compendio de ciencia del Estado de los Reinos

---

(1) Continuación. Véase nuestro número anterior.

Europeos". Al publicar la segunda edición de su libro modificaba en el título la palabra "*Staatswissenschaft*" demasiado altisonante para los fines que él se proponía y hacía notar que dejaba tal palabra para los filósofos que "de principios generales deducen su ciencia". El, que se ocupa de "experiencias y de verdades históricas" ha preferido usar el nombre de *Estadística*.

Ya un siglo antes, en 1660, otro profesor alemán, Hermann Conring, de la Universidad de Hëlstädt, había dictado un curso que tituló "*Notitia rerum publicarum*", en el que, siguiendo el método aristotélico agrupaba la materia en cuatro rubros: *materialis* (territorio y población del estado); *formalis* (ordenación política y administrativa); *finalis* (propósitos que debe proponerse el príncipe); *efficiens* (fuerzas militares y financieras de que dispone).

Son Conring y Achenwald los más destacados representantes de la escuela estadística llamada descriptiva. Pero, si no es lícito pasar sus nombres en silencio, no es, tampoco, el caso de insistir demasiado sobre sus trabajos, que fueron, muy pronto, superados.

Tocante a la población, uno y otro son decididamente partidarios del *número* que asegura fuertes ejércitos y copiosas entradas fiscales.

P. Möser, historiador, periodista y magistrado, impugnaba —años después— tales teorías. En sus *Fantasías patrióticas*, publicadas en 1774, decía: "Vivimos en un mundo singular. Nuestros poderosos señores —grandes destructores de la especie humana— sueñan únicamente con la población, y el mejor día nos propondrán un sistema filosófico en el cual aparezca una desenfrenada multiplicación de los hombres como el supremo homenaje a la divinidad, para disponer, así, de inmensos rebaños de ganado humano y destinarlos al matadero". En medio de su punzante ironía, la frase citada no hace sino subrayar —sin exageración alguna— la opinión de los grandes señores de aquel y de todos los tiempos. Confróntesela con el siguiente párrafo sacado de una carta dirigida a Voltaire por Federico Guillermo Primero de Prusia: "Considero a los hombres como a una manada de ciervos en el parque de un gran señor, y cuya única función es la de poblar y llenar el recinto".

Mención especial merece, entre los autores alemanes, el reverendo Juan Pedro Süßmilch que publicó en 1741 una obra con el título —sobradamente largo— de “El Orden divino en la distribución de los sexos en la Humanidad, en la Vida y en la Muerte con la correspondiente proporción”.

Tras largas y prolijas disertaciones, hace notar Süßmilch que todo lo que observamos nos indica que la irregularidad con que se suceden los acontecimientos no es sino aparente y que éstos, en realidad, están sometidos a leyes inmutables. Así, por ejemplo, el número de nacimientos de varones y de mujeres guarda constantemente la relación de 21 a 20. Del mismo modo las muertes se distribuyen siempre de manera que la composición de la población, en cuanto a sexos y a edades, permanezca virtualmente constante, de suerte que, si aumenta o disminuye su número, sea dentro de dichas proporciones.

Süßmilch había sido fuertemente influenciado por Graunt, y él mismo lo reconocía de buen grado:

“Descubrir esas regularidades —escribe— era tan posible como descubrir la América. Pero hacía falta un Colón que, meditando sobre viejas verdades, llegase más allá que los otros. Es lo que hizo Graunt que, en los registros de enfermedades y muertes de Londres, observó —primero entre todos— un orden. Y de ese orden dedujo que un orden análogo debía presidir las otras manifestaciones de la vida humana...”

De todo ello sacaba, luego, Süßmilch como es lógico, dado su carácter sacerdotal, que tales regularidades debían ser impuestas por una voluntad suprema y divina.

Es poblacionista y halla en el Génesis un apoyo para su tesis “Dios mismo —escribe— se ha pronunciado en favor de una gran población”.

Pero no cree prudente que los hombres se aglomeren en las ciudades. Distribuídos por el campo, *equitativamente* distribuídos, pueden ayudarse mejor los unos a los otros.

Citemos, antes de terminar con los autores alemanes, a Isaac Vossius que publicó en época anterior a la que nos ocupa —en 1685— un trabajo titulado “*Variarum Observationum Liber*” en el cual pretendía demostrar que el mundo tendía a despoblarse.

Vossius adjudicaba a la Roma Imperial —la ciudad socialmente— una población de catorce millones.

En cambio el mundo entero no tenía para él, en el siglo XVII, sino quinientos millones, de los que sólo treinta correspondían a Europa y, de ellos, dos a Inglaterra e Irlanda reunidas. Todas las cifras que daba Vossius eran, evidentemente, falsas y antojadizas, pero no dejaron de influir más o menos directamente, en el ánimo de algunos hombres de su tiempo. En las polémicas —a que hemos aludido más arriba— entre Hume y Wallace y entre Voltaire y Montesquieu se adujeron argumentos que Vossius hubiera celebrado, de haber vivido lo bastante para terciar en la contienda.

### III

El filósofo y moralista inglés, Richard Cumberland, obispo de Peterborough, dejó entre sus trabajos un ensayo, publicado después de su muerte, cuyo título era “Antiquísimo origen de las gentes o tentativa para descubrir la Primitiva Implantación de las Naciones”, y en el que llega a la desconcertante conclusión de que el mundo, 340 años después del diluvio, contaba 3.333.333.330 habitantes. Cifra asombrosa, no sólo por su desmesurada magnitud, sino también por su extraordinaria precisión. Eso mismo hace que no se la pueda tomar en serio.

Sin embargo...

### IV

Un escritor francés, llamado a figurar entre los clásicos, el barón de Montesquieu, publica en 1721 —a los 32 años de edad— un libro delicioso, las “*Cartas Persas*” y en él hallamos, aunque bajo una presentación muy diferente, ideas análogas a las de Vossius y Cumberland.

El viaje a Occidente de un magnate persa sirve de pretexto a Montesquieu para rozar una infinita variedad de asuntos, en una serie de ensayos breves unidos entre sí por el hilo tenue de un sencillo relato que se esfuerza en no llegar a novela.

Del problema de la población tratan, especialmente, las cartas CXIII a CXXIV.

Un amigo del magnate viajero —viajero y curioso él también— aventura en una de sus cartas estas preguntas:

“¿Cómo es que el mundo está tan poco poblado, en comparación a como lo estaba en tiempos pasados? ¿Cómo ha podido perder la naturaleza esa prodigiosa fecundidad de los primeros tiempos? ¿Habrà llegado ya a la vejez y se sentirá languidecer?”... “Hay gentes que pretenden que sólo la ciudad de Roma tenía en otros tiempos más habitantes que los que tiene hoy el mayor reino de Europa”. Y, recordando las plagas de todo género que afligen periódicamente a la humanidad, se pregunta si desastres como el Diluvio Universal, que redujo la especie humana a una sola familia, no habrán sido periódicos, y si el propio Adán, a quien se tiene por el padre del género humano, no será más que el sobreviviente afortunado de otra gran catástrofe.

El que podemos considerar como protagonista del libro, al contestarle, echa en gran parte la culpa de la despoblación del mundo a causas esencialmente religiosas. El cristianismo y mahometismo son, a su entender, poco propicios a la propagación de la especie.

El harem entrega varias mujeres a un solo hombre sin aumentar, aparentemente, su prolificidad, y, en cambio, el cuidado del harem requiere que se vean privados de sus funciones reproductivas multitud de esclavas y de eunucos.

Los cristianos no tiene harenes, pero prohíben, en cambio, el divorcio y hacen, así, en muchos casos, del matrimonio una convivencia forzosa que no puede dar frutos sazonados.

El celibato eclesiástico siega en flor muchas posibilidades y el derecho de mayorazgo —creado por la vanidad de los europeos— hace que la atención del padre se dirija hacia uno solo de sus hijos.

Los países salvajes nunca estuvieron suficientemente poblados, y, en cuanto a las colonias, más debilitan que fortifican a los pueblos.

“La dulzura del gobierno contribuye poderosamente a la propagación de la especie”... “Los hombres son como las plantas que sólo crecen felizmente cuando se las cultiva bien: en los pueblos miserables la especie pierde, y, a veces, degenera. Francia puede suministrar un gran ejemplo de todo esto. En las guerras pasadas, el temor de verse enrolados en la milicia hacía que todos los jóvenes se casaran en edad temprana, aún en estado de extrema pobreza. De tantos matrimonios nacía un considerable número de niños. Hoy se les busca en Francia, pero el hambre, la miseria y las enfermedades los han hecho desaparecer.”

Claramente se advierte, en este último párrafo —transcripto literalmente— las inquietudes que le inspiraba a Montesquieu el porvenir de su patria.

Las Cartas Persas fueron escritas en plena juventud. Pero su autor no mudó de opinión al llegar a la madurez.

En "*El Espíritu de las Leyes*", obra publicada en 1748, y fruto de veinte años de labor, escribía, apoyando sus aserciones en textos antiguos: "Todas las pequeñas repúblicas fueron absorbidas por una grande, y el universo comenzó insensiblemente a despoblarse; no hay más que ver lo que eran Italia y Grecia antes y después de las victorias romanas. *Se me preguntará —dice Tito Livio— donde estaban los Volscos tantos soldados para guerrear después de ser vencidos tantas veces. Necesariamente había un pueblo muy numeroso en las comarcas aquellas que hoy serían un desierto sin algunos soldados y unos pocos esclavos romanos. Han cesado los oráculos —dice Plutarco— porque los lugares donde hablaban han sido destruídos: apenas se encontrarían hoy en Grecia tres mil hombres de armas.*"

"No describiré —dice Estrabon— el Epiro y lugares circunvecinos porque son países que han quedado enteramente desiertos."

Recuerda, más adelante, las leyes con que Roma quiso poner coto a la despoblación, sin conseguirlo, y cómo las hordas de los bárbaros se adueñaron del imperio, sin esfuerzo. "Así, en los tiempos fabulosos, después de inundaciones y diluvios, brotaron de la tierra hombres armados que se terminaron entre sí".

"En el estado que se hallaba Europa no se hubiera creído que se podría reponer; sobre todo, cuando llegó a formar un vasto imperio en tiempo de Carlomagno."

Pero se fraccionó el imperio en pequeños estados, cuya seguridad estribaba en el número de sus habitantes, y así se logró, mediante la cooperación de todos, que "la mayor parte de las comarcas llegaran a contar más población que la que tienen hoy". Y, en apoyo de su tesis, cita "los ejércitos numerosísimos de las Cruzadas, compuestos de toda clase de gentes." Europa necesita leyes que favorezcan el crecimiento de la familia humana.

Cuando un estado se despuebla por causas accidentales: guerras, pestes o hambre, el trabajo y la industria pueden



reparar el mal, pero si éste proviene de vicios internos o de gobiernos desastrosos, la curación es más difícil y más lenta.

“Los países asolados por el despotismo o por los privilegios desmedidos que se otorgan al clero, con perjuicio de los laicos, son dos grandes ejemplos.”

El marqués de Mirabeau publica en 1757 su libro “El amigo de los hombres” o “Teoría de la Población”. Vincula en él íntimamente la población a las subsistencias y entiende que la medida de éstas da la de aquella. En realidad, identifica las subsistencias con los *productos agrícolas*, por eso afirma que “las batallas y masacres sólo afectan a la población en cuanto dañan a la agricultura”.

Siénta, antes que Malthus, el principio de que “una especie animal se multiplica hasta que la detiene la falta de alimento”. Pero el optimismo de la escuela económica fisiocrática a que pertenecía, le impide sacar de él las téticas deducciones con que Malthus acongojará a sus contemporáneos.

Ese optimismo le hace decir “La tierra no es nunca maldrastra, por lo menos en nuestros climas. La esterilidad, cuando se presenta, es por culpa de los hombres”.

Y, por lo que hace a la supuesta despoblación de Francia, cree que se debe a multitud de causas, entre las que han de señalarse: a) los latifundios que ahogan a la pequeña propiedad; b) el urbanismo; c) el despotismo; d) la mala política fiscal; e) la alta tasa del interés; f) el despilfarro de la tierra pública en parques, cotos de caza, y otros lugares de puro recreo; g) el lujo, que consume en beneficio de unos pocos, el trabajo de muchos y “seca en la raíz misma el germen de nuevos ciudadanos”. Porque el mayor consumo sólo indica mayor riqueza del estado, si ese consumo se reparte entre muchos consumidores.

Voltaire, en su Diccionario Filosófico recoge —para refutarla— en el artículo Población, la opinión de que el mundo tiende a despoblarse.

“Hubo muy pocas orugas en un cantón el año pasado. Las matamos casi todas; Dios nos ha dado este año más que hojas”. Así empieza su artículo Voltaire, para afirmar su convicción de que las calamidades que diezman a las especies animales son impotentes para ahogar su potencia reproductiva. Y menos en la especie humana que se preocupa, y se ha preocupado siempre, de mantenerla intacta.

Por eso disiente de los que, como el Dr. Wallace —ya nos ocuparemos de él más adelante— afirman que la población del mundo era mucho más elevada en la antigüedad.

Wallace calcula la población del mundo a mediados del siglo XVIII en mil millones de habitantes pero afirma, a la vez, que hacia el año 966 de la creación, nuestros padres llegaban a mil seiscientos diez millones. Y Voltaire, que en 1771 calcula la población del mundo en novecientos millones —un diez por ciento menos que Wallace, lo que no es excesivo— no acepta en cambio los otros mil seiscientos diez millones.

“Primeramente —dice— yo quisiera que me fijaran bien la época de la creación, y, como tenemos en nuestro occidente cerca de ochenta sistemas sobre dicho acontecimiento, es difícil coincidir.”

“En segundo lugar, como los egipcios, los caldeos, los persas, los indios, los chinos, tienen todos cálculos aún más divergentes será difícil concordar con ellos.”

“En tercer lugar, ¿por qué habría de estar el mundo, en 966 años, más poblado que ahora?”

Se afirma que entonces se tenía más vitalidad. “¿Por qué —pregunta Voltaire— no afirmar que el sol calentaba más y que la luna era más bella?”

Refiérese a los cálculos de Montesquieu en sus “Cartas Persas”, según los cuales “el mundo habría estado en tiempos de César treinta veces más poblado que ahora” y dice que son exageraciones de un hombre que lo “ha sacrificado siempre todo al prurito de mostrarse ingenioso”.

En cuanto a Wallace halla exagerada la afirmación de Montesquieu, pero fundándose en que en tiempos de César había comenzado ya la despoblación. Pero, en cambio, se remonta a los tiempos de Semíramis e incurre aún en mayores exageraciones. Aporta como prueba los 1.160.000 hombres elegidos que marchaban bajo los estandartes de Josafat, rey de Judea. “Apriete Vd., apriete Vd., señor Wallace” —escribe Voltaire—. “El espíritu santo no puede equivocarse, pero sus servidores y sus copistas han calculado y han escrito mal”.

“Toda Escocia —Wallace era escocés— no le podría suministrar a Vd. 1.160.000 almas para asistir a sus procesos, y el reino de Judá no llegaba a la vigésima parte de Escocia. Vea Vd. una vez más lo que dice San Jerónimo de esa pobre tierra santa en que vivió tanto tiempo.”

“¿Ha calculado Vd. el dinero que hubiera necesitado el gran Josafat para pagar, alimentar, vestir y armar a 1.160.000 soldados elegidos?”

Para probar la despoblación del mundo Wallace toma como ejemplo a los suizos que eran, según César, 368.000 cuando abandonaron su país para ir a buscar fortuna.

“Me basta este ejemplo —dice Voltaire—. El cantón de Berna después de un recuento exacto, posee por sí sólo el número de habitantes que desertaron de toda Helvecia en los tiempos de César.”

“La especie humana se ha más que duplicado en Suiza después de esa aventura.” Cita luego la prodigiosa extirpación de bosques y el gran número de ciudades fundadas en ochocientos años y añade: “He ahí, me parece, una respuesta precisa a todas las declamaciones vagas que se repiten a diario...”

No escapa Mirabeau a la aguda crítica de Voltaire. “*El Amigo de los hombres* supone que en tiempos de César se contaban cincuenta y dos millones de hombres en España. Estrabon dice de ella que ha estado siempre mal poblada porque el centro de la península carece de agua. Parece que Estrabón está en lo justo y el *Amigo de los hombres*, se equivoca.” Y, al considerar el argumento, que tanto se ha hecho valer, de las enormes hordas de los bárbaros, dice: “Desconfío de tales multitudes. Me atrevo a sospéchar que bastaban treinta o cuarenta mil bestias feroces para llevar el espanto al imperio romano, gobernado por una Pulquería, por monjes y por eunucos”.

“Bastaba que diez mil bárbaros hubiesen pasado el Danubio para que en cada parroquia se dijese, desde el púlpito, que eran más numerosos que las langostas que asolaron a Egipto, cuando las plagas. ... Recordad el espanto que un solo lobo causó en el Gebaudan en 1766. ... “Si Atila estuvo alguna vez al frente de cincuenta mil asesinos famélicos, reclutados de provincia en provincia, se le adjudicaba medio millón. ... Tal compañía de viajeros hubiese sido muy difícil de alimentar en el camino. Esos Hunos venían de Siberia; de ello deduzco que eran pocos en número. La Siberia no era entonces más fértil que en nuestros días.”

He ahí reducidos a polvo, mediante un análisis tan ingenioso como certero, los cálculos arbitrarios referentes a la

población del mundo antiguo, de Vossius, de Cumberland, de Montesquieu, de Wallace, para no citar sino los que más se destacan.

Juan Jacobo Rousseau, en el "Contrato Social", publicado en 1762, expresa ideas poblacionistas. "No hay —escrib— para un estado, peor escasez que la de hombres". Pero quiere que la población guarde con los recursos del suelo un prudente equilibrio. "Es en tal proporción donde halla un pueblo dado su fuerza máxima. Si hay tierras de más, la custodia es onerosa, el cultivo insuficiente, el producto superfluo; es la próxima causa de guerras defensivas; si falta espacio, el estado se ha de volver hacia sus vecinos: es la próxima causa de guerras ofensivas."

La proporción buscada por Rousseau es difícil de determinar y varía según la calidad del terreno, el clima, las costumbres... Pero, hechas todas las salvedades necesarias, llega a la conclusión de que "el gobierno bajo el cual, sin medios extraños, sin naturalizaciones, sin colonias, los ciudadanos pueblan y se multiplican, es, infaliblemente, el mejor; aquel bajo el cual un pueblo disminuye y perece, es el peor."

"Calculadores, ha llegado vuestra hora, contad, medid y comparad."

## CAPITULO V

### *El siglo XVIII* (continuación)

#### I

Hemos visto que Voltaire citaba —para desautorizarlos— los cálculos de Wallace.

Era Wallace —el Dr. Roberto Wallace— ministro presbiteriano y pertenecía a la Sociedad Filosófica de Edimburgo.

En ella leyó —hacia 1750— una "*Disertación acerca del número de seres humanos en los tiempos antiguos y modernos*".

Quedó el trabajo sin publicar por algún tiempo y, acaso no hubiera llegado a publicarse nunca, a no haber regresado poco después a Edimburgo el ya entonces universalmente conocido ensayista y filósofo, David Hume, quien, al tener conocimiento del ensayo de Wallace, mostróse poco dispuesto

a aceptar sus conclusiones y resolvió hacer una investigación por cuenta propia.

En una carta, fechada en abril de 1850 y dirigida a su amigo el Dr. Clephane, manifiesta que está componiendo un *erudito* discurso referente a la población de la antigüedad con miras de corregir las exageraciones de Vossius y de Montesquieu. Y, en febrero del año siguiente se dirige a otro amigo, Gilberto Elliot, pidiéndole le consiga en préstamo un *Estrabon* para completar, con su lectura, el conocimiento directo de los clásicos griegos y latinos.

Era, pues, serio y documentado el ensayo que con el título de "La Población de los Pueblos Antiguos" publicó Hume en 1752.

Empieza, Hume, por declarar que nada autoriza a pensar que el mundo sea *eterno e incorruptible*; al contrario, entiende que cuanto sabemos nos lleva a la conclusión de que su estado actual no es más que el paso a otro estado —el que sea— que presupone la corrupción o disolución de las formas actuales.

Como las cosas vivas debe, pues, tener el mundo infancia, juventud, virilidad y vejez. Pero aun siendo ello así, y aunque en tiempos remotos la humanidad haya tenido una juventud ya pasada, la extremada lentitud con que la declinación ha debido, forzosamente, operarse y el relativamente brevísimo lapso de tiempo de que la historia y la tradición pueden informarnos hacen que cualquier cambio relativo a estatura, fuerza, longevidad, valor y hasta agudeza de ingenio, si se quiere, sean de todo punto inapreciables, para nosotros.

"Por ello —dice— querer probar o explicar la mayor población de la antigüedad —hecho generalmente admitido— mediante la imaginaria juventud o vitalidad del mundo es un argumento que será difícilmente aceptado por cualquiera que razone correctamente."

Y después de referirse a *las extravagancias de Vossius*, declara su propósito de dilucidar: primero, si es *probable* que en la antigüedad tuviese el mundo mayor población; segundo, si la tuvo en *realidad*.

"Podemos observar en general —añade a renglón seguido— que la cuestión en cuanto se refiere a la población comparativa de las diversas épocas y naciones implica consecuencias importantes respecto a las formas de gobier-

“no... Y puesto que, tanto en los varones como en las mu-  
 “jeres, tienen el instinto y el poder generativos un grado  
 “de actividad mayor que el que comunmente se ejercita, los  
 “frenos que soportan los hombres deben proceder de difi-  
 “cultades que nacen de su situación. Una prudente legisla-  
 “ción deberá encaminarse a esclarecer con todo cuidado  
 “tales obstáculos y a eliminarlos.”

Todo el que esté en condiciones de sostener una familia, se casará. La población del mundo debería así *duplicarse* a cada generación, y es lo que ocurre en las colonias donde la vida es relativamente fácil. La historia nos habla de pestes y de catástrofes que han diezmado pueblos enteros. En una o dos generaciones los claros se han vuelto a llenar.

Analiza, luego, meticulosamente las causas que debieron impedir el crecimiento de la población de los pueblos antiguos, y se detiene especialmente en la esclavitud. Hace notar agudamente que la crianza de un niño cuesta mucho más en las ciudades que en las aldeas; por ello, los que poseían esclavos, tenían interés en evitar que *tuviesen hijos*. Les salía más barato adquirirlos *ya hechos* en las provincias lejanas de donde procedían. Y recuerda que “desde los tiempos de Hesiodo, el matrimonio de los esclavos era considerado inconveniente.” Y que, según Varrón, se le daba una mujer —como favor especial— al esclavo que tenía a su cargo la vigilancia de un olivar y de los esclavos que lo cuidaban. Se refiere después a las guerras antiguas “*más destructoras* —dice— *que las modernas*”. Sin contar con los saqueos, masacres y tropelías de todo género que seguían a los combates.

Y, en cuanto al comercio y la industria, no estaban tan adelantados como para favorecer el desarrollo de una numerosa población.

“Examinadas así las cosas —concluye— no parece que haya ninguna razón que alcance a explicar porque había de haber tenido el mundo antiguo una población superior a la actual.”

Queda cumplida, así, la mitad de la tarea que se impuso. Las *posibilidades lógicas* están todas de su parte. Falta, ahora, *encararse con los hechos*. Es decir, con las cifras que constan en los textos clásicos. Datos inciertos y fragmentarios como hace notar, con su habitual sagacidad. “Muchos cálculos ejecutados por escritores célebres no tienen mayor fundamento que los del emperador Heliogábalo que va-

“luaba la inmensa grandeza de Roma, por el peso de diez mil libras de telarañas halladas en la ciudad.”

Imposible sería seguirle paso a paso. Con minuciosa atención apunta contradicciones y subraya estimaciones evidentemente absurdas y arbitrarias.

“Ptolomeo —dice Teócrito— rige 33339 ciudades; Diodoro Sículo atribuye a Egipto tres millones de habitantes —cifra no muy alta, en realidad—. Pero luego habla de 18.000 ciudades. El mismo dice que la primitiva población de Egipto llegaba a siete millones. Cualquier tiempo pasado fué mejor...”

“...Según Appiano, Julio César se halló frente a cuatro millones de galos: mató un millón y tomó un número igual de prisioneros...”

“...Patérculo reduce a cuatrocientos mil los galos muertos por César...”

Las ciudades griegas no fueron nunca excesivamente populosas; mil textos lo comprueban. Y cita, entre otros, un párrafo de la ética de Aristóteles. “Del mismo modo que una ciudad no puede existir ni cuando contiene apenas diez habitantes ni cuando llega a tener cien mil”. Y se pregunta: “¿Cómo? ¿Aristóteles no había visto ni oído hablar de una ciudad tan populosa? Debo confesar que esto me resulta totalmente incomprensible”. Pero no cree que ninguna ciudad antigua haya alcanzado ni ninguna ciudad moderna pueda llegar a sobrepasar a la soberbia Londres de su tiempo y pone en tela de juicio los seiscientos mil habitantes que Plinio atribuye a Seleucia y los setecientos mil que Estrabon le adjudica a Cartago.

“Tomad —escribe— como centro Dover o Calais: describid un círculo de doscientas millas de radio. Dentro de él estarán Londres, París, los Países Bajos, las Provincias Unidas y algunas de las partes mejor cultivadas de Francia y de Inglaterra. Creo que se puede afirmar resueltamente que no podría hallarse en la antigüedad un trozo de terreno de la misma extensión y que encerrara tantas y tan populosas ciudades, tantas riquezas y tanta gente.”

“El mejor modo de comparar es comparar, en uno y otro período, los estados más adelantados con respecto a las artes, a la ciencia, a la civilización, a las formas de gobierno.”

Y, uno tras otro, van desfilando los pueblos. Y van perfilándose los errores y quedando al descubierto las exageraciones.

Hombre de buena fe, tolerante y comprensivo —cualidades que, acaso, encubran usualmente una perfecta seguridad en el propio valer— Hume, puso a su “Ensayo” la siguiente nota: “Un eminente prelado de Edimburgo, que “escribió años ha un discurso sobre el mismo tema, tuvo la “cortesía de comunicarlo al autor. Sostenía una tesis contraria a la que aquí se defiende, y demostraba mucha “erudición y buen juicio. El autor reconoce haber tomado “de dicho discurso, con ligeras variantes, dos cómputos que “se refieren, respectivamente, al número de habitantes de “Bélgica y del Epiro. Si ese docto señor se decide a publicar su disertación, podrá arrojar mucha luz sobre una “cuestión que es la más importante y curiosa entre todas “las de pura erudición.”

Llevó más lejos aún su cortesía hacia el adversario. Si Wallace pudo publicar al año siguiente, aunque omitiendo el nombre del autor, su “Disertación sobre el número de “hombres en los tiempos antiguos y modernos, con un apéndice que contiene observaciones sobre el mismo argumento “y notas al discurso del señor Hume, sobre la población de “los pueblos antiguos”, fué gracias a Hume, según nos informa el siguiente párrafo de una carta dirigida por Marshall Keyth a Rousseau en setiembre de 1762. “No recuerdo si “le he remitido a Vd. un impreso de M. Hume. Le adjunto “uno. Le contaré dos rasgos, que me han agradado, de ese “filósofo. El primero, que habiéndose topado con un llamado Wallace que escribía — y bien— contra uno de sus “ensayos, David le preguntó cuando pensaba imprimirlo. Y “como quiera que Wallace respondiese que le faltaba tiempo para revisarlo, David se encargó de hacerlo, y lo hizo “de buena fe.”

Del trabajo de Wallace no tenemos porque ocuparnos, ahora. Ya lo hizo por nosotros —y con enorme ventaja para el lector, ocioso es decirlo— el propio Voltaire, en páginas precedentes.

En cuanto a Hume, se limitó a cambiar —en las ediciones publicadas desde 1756 a 1768— la nota citada más arriba por esta otra: “Un escritor de ingenio ha honrado este “discurso con una respuesta llena de gentileza, erudición “y buen sentido. Tan docta refutación habría podido hacer



“sospechar al autor que sus razonamientos eran totalmente erróneos, si no hubiese tenido, desde el primer momento, la precaución de mantenerse del lado del escepticismo.

“Habiendo ganado, así, terreno —en cierto modo— pudo, a pesar de la inferioridad de sus fuerzas, preservarse de una total derrota. Desde que su antagonista está tan atrincherado, aquel reverendo señor hallará siempre dificultad para reducirlo por la fuerza. En tal posición Varron habría podido defenderse contra Aníbal, Farnaces contra César.”

## II

Sir James Steuart, en sus *Principios de Economía Política*, publicados en 1767, presenta en forma elegante y original la estrecha relación que existe entre la población y las subsistencias: “La facultad generativa se asemeja a un muelle o resorte cargado con un peso que actúa de continuo proporcionalmente a la disminución de la resistencia: cuando el alimento ha permanecido durante algún tiempo sin aumentar ni disminuir, la generación eleva sus cifras tan alto como es posible; si el alimento entonces disminuye, el resorte está sobrecargado, su fuerza se hace *menor que cero* y el número de habitantes decrece, al menos en proporción a la sobrecarga. Si, por el contrario, aumentan los alimentos, el resorte, que estaba a *cero*, actúa por su parte a medida que cede la resistencia. La gente empezará a alimentarse mejor y a multiplicarse hasta que, al crecer su número, vuelva a escasear el alimento.”

En cambio Adam Smith, cuyo famoso libro *Investigación acerca de la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones* —publicado en 1776— es considerado, y con razón, como la verdadera base de la ciencia económica, sólo incidentalmente se ocupa de la población. “La prueba más decisiva de la prosperidad de un país es el aumento del número de sus habitantes”. Pero tal aumento es, aquí, *efecto y no causa* de la prosperidad. En otra parte dice: “Toda especie animal se multiplica naturalmente de acuerdo con sus medios de subsistencia y ninguna se puede multiplicar más allá. Pero, en las sociedades civilizadas, la falta de víveres no puede poner trabas a la mayor reproducción sino entre las clases inferiores. Y de un solo modo: destruyendo una gran parte de los hijos que nacen en los fecundos hogares del pueblo.”

Por fin Arturo Young, escritor especializado en cuestiones agrícolas, realizó por Irlanda, Francia e Italia varios viajes de estudio, que le dieron materia para interesantes relatos. Estuvo en Francia en plena revolución y fué un testigo imparcial aunque, naturalmente, imbuído en las ideas de su época. En el prólogo de su *Viaje a Francia* se pregunta hasta donde se apoyaba en las firmes bases de una agricultura ilustrada el formidable poder que alcanzó Francia en el siglo de Luis XIV. Para llevar a cabo una investigación de esa clase no basta ser simplemente hombre político, ni tampoco ser un mero especialista en cuestiones agrícolas. Hay que ser, a la vez, entendido en una y otra cosa. “¡Dios me libre —exclama— de incurrir en la vana pretensión de que “poseo tales dotes!”

Pero, a pesar de esa protesta, acomete la labor fiándose, ya que no en su talento, en su experiencia.

Y, que ni uno ni otra le faltaban, lo prueba sobradamente el párrafo que sigue, en el que aborda el tema de la población.

“De todos los temas de economía política que yo conozco “ninguno ha dado lugar a tal cúmulo de errores como el de “la población. Parece haber sido considerado durante siglos “como el único medio de comprobar la prosperidad nacional. “Los políticos de aquellos tiempos, y la mayoría de los del “presente, han sido de opinión que la única medida necesaria para establecer el grado de prosperidad de un país “era hacer el recuento de sus habitantes. En mi viaje por “el Norte de Inglaterra, en 1769, emití mi opinión contra “esa doctrina y me atreví a afirmar que *ningún país es “rico o pobre por el mero hecho de tener muchos o pocos “habitantes: es la clase industrial la que constituye la “fuerza de la Nación.*

“Y repetí la aserción en 1774, en mi *Aritmética Política.*”

El Dr. Richard Price escribió numerosos ensayos sobre filosofía, política y finanzas. Se ocupó muy especialmente de seguros sobre la vida y construyó la famosa tabla de mortalidad de Northampton que, aunque construída con un procedimiento que no sería hoy aceptable, estuvo en uso largo tiempo.

Formuló un plan para la redención de la deuda pública, y escribió *Un ensayo sobre el estado actual de la población*

de Inglaterra y Gales. Sus ideas, con respecto a la población, no son excesivamente originales. Pero algunas de sus opiniones han de ser invocadas más tarde, por Malthus.

Cree que la población tropieza para su crecimiento con obstáculos morales y materiales, y cita entre estos los que, ya antes que él, enumeraron otros autores: militarismo, alcoholismo, carestía, emigración, urbanismo, lujo... Pero si el país es salubre y las condiciones económicas favorables, la población puede llegar a duplicarse en quince años. El piensa sobre todo en los Estados Unidos de Norte América.

El trabajo del Dr. Price renovó las antiguas discusiones pero no el interés ni el brillo que aquellas tuvieron. Gran verdad es que *nunca segundas partes fueron buenas* y menos aun si en la primera parte figuraron filósofos de la talla de David Hume y de Voltaire.

### III

Los autores italianos de la primera mitad del siglo diez y ocho son, en general, poblacionistas.

Tal Antonio Genovesi de quien, en 1769 —el año de su muerte— se publicaron unas *Lecciones de Economía Civil* en las cuales proclama la necesidad para el estado de contar con una numerosa población.

Juzga, sin embargo, más peligroso aun que el estado llegue a tener mucha más población de la que cabe cómodamente en él. Pero, cuando se trata de un estado que tiene colonias lejanas, o que dispone de un extenso litoral, el peligro le parece fácil de conjurar. La emigración, en el primer caso; el comercio y la industria, en el segundo, absorben con rapidez todo exceso. Sólo cuando el país carece, a la vez, de comunicaciones marítimas directas y de colonias se ofrecen, como únicas alternativas, el celibato o la guerra. Esta con mayor probabilidad que aquél, pues, como dice el autor: “Es una ley natural que todo el que nace tiene derecho a la vida y la tierra es patrimonio común.”

Poblacionista es el famoso abate Galiani, autor del tratado *De la Moneda* y de los *Diálogos sobre los trigos*. En el primero sostiene que “Un reino vale por los hombres que tiene” y en el segundo, afirma que “El trigo es bueno porque sirve al hombre; el dinero es bueno porque puede presentar pan; pero la única riqueza verdadera es el hombre.”

Y lo mismo piensan una porción de autores de segunda fila.

Otros tratadistas —por el contrario— esbozan ya ideas que podemos llamar *pre-malthusianas*.

Gerardo D'Arco, al ocuparse, en 1771 “De la Armonía Política Económica de las ciudades”, dice: “El aumento de hombres se acomoda al de los medios de subsistencia: donde éstos abundan la población se duplica en menos de una generación.”

Beccaria en sus *Elementos de Economía Política* (1769) comprueba que la población crece más de prisa que las subsistencias. Estas sirven, pues, de límite a aquella. Y, como es partidario de una población numerosa, cree que debe tenderse a aumentar la producción de aquellos medios de subsistencia “que sólo la tierra puede dar”. Puede, pues, clasificarse de premalthusiano a pesar de que su optimismo le impide pensar en un posible exceso de población.

Igual optimismo revela Pedro Verri en sus *Meditaciones sobre la Economía Política* publicadas en 1771. “En el curso normal de las cosas —escribe— la especie humana tiende a multiplicarse prodigiosamente”. Y, a su juicio, donde tal multiplicación no se produce, es porque la organización política es defectuosa. Bastará corregir estos defectos para que crezca la población y, con ésta, la fuerza del estado, pues “cuanto más concentrados están los hombres tanto más incremento recibe la industria, gracias a la rapidez de circulación.”

En Felipe Briganti hallamos pensamientos análogos. En su *Examen Económico del Sistema Civil* —publicado en 1780— sienta como principio universalmente admitido que “las subsistencias dan la medida de la población”. Es, por tanto, para él, una población numerosa signo evidente de prosperidad.

Hay, en todos estos autores, una vaga intuición de lo que constituye la esencia del problema, pero ninguno de ellos pasa, en realidad, de la superficie.

#### IV

Pero no puede decirse lo mismo del monje veneciano Juan María Ortes que se destaca, por su originalidad y agudeza, entre los precursores de Malthus.

En un libro publicado en 1774 —*Economía Nacional*— aborda ya, aunque no a fondo, el tema. Para él la existencia de una población presupone la existencia previa de bienes. Y encadena sus razonamientos de este modo.

Los pueblos primitivos se alimentan de hierbas y de frutas.

Cada generación prepara los medios de subsistencia de la que le sucederá.

Para ello necesitará ocupar tierras.

Al formarse los pueblos o naciones se van acumulando los bienes que integrarán, luego, el capital nacional.

El aumento o la disminución de ese capital determina en la población un movimiento análogo.

Estas ideas fueron, posteriormente, desarrolladas por su autor en otra obra publicada en 1790 con el título de *Reflexiones sobre la Población de las Naciones con relación a la Economía Nacional*.

A ella pertenecen los párrafos que siguen y que ilustran perfectamente el pensamiento del autor.

“Algunos escritores creen muy favorable para un estado el crecimiento de la población, entendiendo que crecen así la riqueza y, por lo tanto, la grandeza y la potencia nacional que sobre esa riqueza descansan.”

“Yo creo, en cambio, que la población de cualquier país tiene que contenerse dentro de ciertos límites, ni más restringidos ni más amplios de lo que sea preciso para que se baste a sí misma sin necesidad de acudir a los demás.”

Más tarde desenvuelve su teoría acerca del crecimiento de la población según una *progresión geométrica*. Sigámosle.

“Lanzo al mercado —activo y pasivo de pensamientos, de palabras o de acciones— cuatro personas, todas ellas de 20 años de edad y dos de cada sexo, de las cuales viven aún dos padres y un abuelo (el sexo de éstos no hace al caso). Es fácil comprender que estas cuatro personas, guiadas por el más natural de los deseos, formarían en breve dos matrimonios. Supongo que cada pareja tenga, en el curso de veinte años, seis hijos y que de ellos mueran dos, y que muera, también, en ese tiempo, su viejo bisabuelo, y supongo, también, que de los nacidos y de los muertos la mitad sean varones y la otra mitad mujeres. Admito, además, que los hijos de esas parejas puedan casarse y se casen, en promedio, a los treinta años del casamiento de sus padres.

“Al cabo de treinta años se encuentran, pues, en vida  
 “catorce personas: dos abuelos, cuatro padres y ocho hijos.  
 “Justamente el *doble* del grupo inicial.

Sigue razonando de la misma manera para las genera-  
 ciones sucesivas y forma la siguiente progresión:

<i>Años</i>	<i>Personas en vida</i>				<i>Total</i>				
0	1	2	4		7				
30		2	4	8	14				
60			4	8	16	28			
90				8	16	32	56		
120					16	32	64	112	
150						32	64	128	224
etc.							etc.		etc.

“Donde se ve —prosigue— que, dejando que opere la  
 “naturaleza con todas sus fuerzas y según las inclinaciones,  
 “siete personas al cabo de ciento cincuenta años, se trans-  
 “forman en doscientas veinticuatro y que, por lo tanto, y  
 “siguiendo esa marcha, al *crecer aritméticamente los tiem-  
 “pos* según incrementos iguales *aumentan geométricamente  
 “los vivientes*, con lo cual y en el curso del tiempo, el grupo  
 “originario de siete se multiplica como sigue:

<i>Años</i>	<i>Personas vivas</i>
0	7
150	224
300	7.168
450	229.376
600	7.340.032
750	234.881.024
900	7.516.192.268

“Vale decir que, al cabo de novecientos años, las siete  
 “supuestas personas ascenderán a un número que excede al  
 “de los vivientes que cubren la tierra y la han cubierto des-  
 “de varios siglos atrás, y que, continuando de ese modo la  
 “población viviente ascendería a excesos incomparablemen-  
 “te mayores.

“Y, más o menos, lo mismo ocurriría con los animales  
 “irracionales, cada una de cuyas especies, si hubiese de pro-

“ pagarse guiada por el solo instinto, alcanzaría en el transcurso del tiempo cifras fantásticas.”

Luego indica donde está el límite del crecimiento de la población. Son sus propias palabras:

“La naturaleza, pues, al dotar al hombre con *la razón* le hizo conocer esta verdad: que para cualquier población que se derive de la progresión precipitada no se exige sólo un cierto tiempo —que nunca falta— ni una propensión a la generación —a la que todos los hombres están siempre dispuestos—. Se requiere, además, cierta cantidad de productos transformados en bienes al alcance de esa población y con los cuales pueda ella sostenerse y subsistir. Estos productos transformados en bienes y consistentes en alimentos, ropas y habitaciones, del reino vegetal y animal, como es usual en la vida humana, no pueden obtenerse más que de tierras y de animales que sobre ellas vivan. Y, siendo tales tierras y tales animales limitados, no pueden, pues, los productos que de ellos se extraen ser transformados en bienes sino en cantidad limitada.”

¿No encierran los párrafos transcriptos todo lo que hay de esencial en el libro de Malthus? ¿Por qué, pues, el libro del monje veneciano no logró el éxito resonante que habría de obtener, pocos años después, el del pastor protestante?

Cuestión de *ambiente* y de *tono*.

No era lo mismo a fines del siglo XVIII —; tampoco lo es hoy!— publicar un libro en Venecia o en Londres. Y no es lo mismo publicar un libro de paciente investigación, sin otro propósito que el de llegar a la verdad, que lanzar al mercado un virulento panfleto polémico en horas de honda agitación.

Mientras el libro de Ortes sólo llegaba a conocimiento de unos cuantos estudiosos, el volumen de Malthus encendía las pasiones de los hombres políticos.

A tal punto llegaba el carácter combativo del libro que su mismo autor se vió forzado a reformarlo por completo cuando el éxito, superando acaso sus previsiones, le indujo a convertir el arma arrojadiza, forjada en horas de fiebre, en un estudio documentado lleno ya de pretensiones científicas.

Una página de la primera edición del “Ensayo” —página que el autor suprimió en todas las demás— pinta admirablemente el estado de ánimo en que se escribió dicha primera edición. En esa página hay una frase que se ha reproducido muchas veces. Vale la pena de reproducir toda la página.

“Un hombre nacido en un mundo *ya poseído*, si no puede obtener de sus progenitores la subsistencia que tiene derecho a reclamarles y si la sociedad no necesita su trabajo, carece de derecho para reclamar la menor partícula de alimento, y, de hecho, *está de más*. En el gran banquete de la naturaleza no hay puesto para él. Ella le ordena que se vaya, y ella misma pondrá en ejecución sus órdenes si él no logra recurrir a la conmiseración de alguno de los convidados. Si éstos se estrechan y le hacen lugar, otros intrusos se presentan igualmente pidiendo igual favor. La noticia de que existen alimentos para todos los que llegan llena la sala de numerosos pedigüeños. El orden y la armonía del convite se perturban, la abundancia anterior se trueca en escasez, y la felicidad de los convidados queda destruída por el espectáculo de miseria y de confusión que se produce en todos los lados de la sala y el clamor *inoportuno* de todos aquellos que se irritan justamente al no hallar las subsistencias que les habían prometido. Los convidados reconocen demasiado tarde el error cometido contraviniendo las órdenes, severas relativas a los intrusos y emanadas de la gran señora del banquete, la cual, deseosa de que todos sus huéspedes fuesen abundantemente provistos, y sabedora de que no podía acoger un número ilimitado, rehusaba *humanamente* admitir a los que llegasen una vez que la mesa estuviese totalmente ocupada.”

Compárese el *tono* de esos párrafos con los de Juan María Ortes, transcritos más arriba, y se comprenderá, sin esfuerzo, como pudo quedar el libro del veneciano olvidado en los anaqueles de alguna que otra biblioteca, en tanto circulaba profusamente el del avinagrado inglés.

El malhumor y la aspereza, convenientemente administrados, son, también, a veces, un factor de éxito.

(Continuará.)